

por una escuela libre:  
deseo colectivo, deseo de colectividad

performatividad, provocación e incidencia social

“Hágalo usted mismo”

\*El uso de mayúsculas y minúsculas en este texto NO es fortuito



El día 10 de octubre de 2024, a través de redes sociales se publicó oficialmente por primera vez la convocatoria para el Encuentro Internacional de Performance No Lo Haga Usted Mismo. Como amigos de Antonio, principal organizador del encuentro, en La Escuela Libre, sabíamos de esta convocatoria con antelación y ya discutíamos de vez en cuando nuestra participación, fuere individual o grupal; a sabiendas o con la confianza de que fuere lo que fuere que propusiéremos nuestra propuesta sería aceptada. Después de todo este, en emisiones anteriores, siempre fue el criterio de selección. “Todo cabe, todo es posible”. “No lo haga usted mismo, nosotros le ayudamos” han repetido en distintos foros Antonio y Mayté.

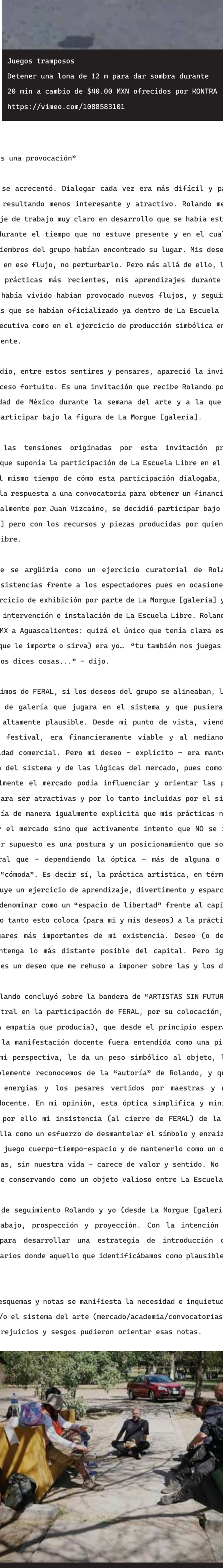
Pasaron las semanas, mi insistencia por participar se fue incrementando. Más que una participación de La Escuela como grupo, intentaba que participara cada quien de manera individual, ampliando (al menos en mi expectativa) el abanico de acciones diseñadas y presentadas en el marco del encuentro; en un esfuerzo que me parecía pondría sobre la mesa y a discusión, un espectro basto de la concepción de la práctica performativa y un intento por incentivar el diálogo con las localidades externas que participaban desde otras geografías.

No obstante mis deseos no regían La Escuela Libre (y nunca esperé ni quise que lo hicieran) y frente a mis inquietudes se sobrepuso (y a veces pienso que se impuso) una perspectiva: la participación tendría que ser grupal y además entablar diálogo y continuidad con la manifestación docente llevada a cabo en septiembre del 2023. Confieso que en primer momento la idea de la festividad, de la alegría de compartir con el grupo me entusiasmaba. Mi lectura y sentir además energía del distanciamiento (a ratos melancólico) después de estar físicamente lejos de La Escuela Libre y con comunicación más o menos intermitente a través de canales digitales. Confieso que el diseño de la acción propuesta lo esperaba más como una celebración por el reencuentro que propiamente como una acción que se suscribiera al régimen disciplinar del arte. Y justo en ello encontraba un valor tremendo para el propio encuentro de performance.

La propuesta fue enviada por escrito como la convocatoria lo indicaba. Yo por mi parte envíe mi participación individual. La segunda se aceptó sin mayor inconveniente (a pesar de que abiertamente indicaba ser una protesta política), más allá de las complicaciones que implicaba desplazar al público no se señaló gran cosa. Sin embargo, la primera, la de La Escuela Libre, se leyó como una manifestación a las afueras del ICA y, por decir lo menos, colocó a Mayté Esparza en el predicamento y la incomodidad que esto supone para la posición de mediadora que ha asumido y para sus propias actividades laborales. A razón de ello Antonio pidió sesionar con el grupo frente a lo que el grupo que conformaba en ese momento La Escuela Libre nos sentimos violentados y censurados (sobre todo porque esto ponía en duda si en ese momento, antes o en el futuro habrían sido sesgadas otras propuestas). Rolando López declinó de inmediato y junto con él el resto comenzó a declinar. “Si el grupo no va completo, el grupo no va” – aunque de inicio ya asumíamos que el grupo no estaría completo (más que nada por cuestiones logísticas y de calendario que escapaban de nuestras manos).

De mi parte decidí igualmente declinar mi participación individual, pues observaba además de esta otras situaciones que (aunque se me mencionaba en algunas ocasiones como parte de la organización) no estaba al tanto y no estaba de acuerdo. En lo personal, mi deseo en efecto era que “todo cupiera, que todo fuera posible”.

Llegó la fecha del encuentro y enfermé fuertemente, pudo ser el cambio de geografía, pudo ser el golpe amigable, pudo ser regresar y encontrar una Escuela Libre profundamente distinta a la que había dejado y que me generó tanta melancolía durante meses, pero lo cierto es que a la vuelta lo que encontré me parecía irreconocible ya – objetivos distintos, procesos que me eran ajenos y el flujo de los deseos canalizado por necesidades y afectos que no me eran propios. La Escuela Libre había cambiado y (sin lugar a duda) yo también lo había hecho. El flujo de nuestros deseos, que antes habían encontrado lechos parecidos y compartidos, ahora no lograban empatar. Aún así, insistir en encontrar puntos de convergencia me parecía necesario. Esa fue la tarea de las siguientes semanas.



“Esto también es una provocación”

La incomodidad se acrecentó. Dialogar cada vez era más difícil y para ser honesto también me iba resultando menos interesante y atractivo. Rolando me hacía ver que existía ya un eje de trabajo muy claro en desarrollo que se había estado orquestando y programando durante el tiempo que no estuve presente y en el cual los distintos deseos de los miembros del grupo habían encontrado su lugar. Mis deseos tendrían que encontrar lugar en ese flujo, no perturbarlo. Pero más allá de ello, la realidad para mí es que mis prácticas más recientes, mis aprendizajes durante el proceso de residencia que había vivido habían provocado nuevos flujos, y seguirlos me alejaba de las búsquedas que se habían oficializado ya dentro de La Escuela Libre, tanto en su dimensión ejecutiva como en el ejercicio de producción simbólica en el que Rolando insistía arduamente.

En este intermedio, entre estos sentires y pensares, apareció la invitación a FERAL, que no es un suceso fortuito. Es una invitación que recibe Rolando por parte de Luis Valverde a Ciudad de México durante la semana del arte y a la que Rolando decide declinar para participar bajo la figura de La Morgue [galería].

Al margen de las tensiones originadas por esta invitación producto de las incongruencias que suponía la participación de La Escuela Libre en el sistema de Arte de la CDMX y al mismo tiempo de cómo esta participación dialogaba, criticaba y se conciliaba con la respuesta a una convocatoria para obtener un financiamiento federal promovido inicialmente por Juan Vizcaino, se decidió participar bajo el nombre de La Morgue [galería] pero con los recursos y piezas producidas por quienes participaban en La Escuela Libre.

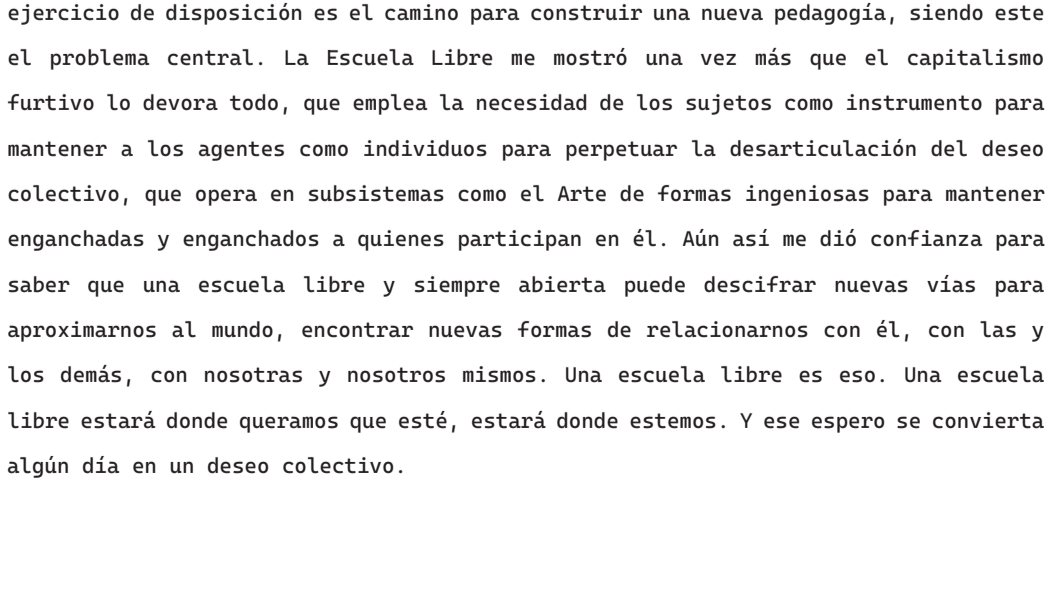
Este diseño que se argüiría como un ejercicio curatorial de Rolando presentaba múltiples inconsistencias frente a los espectadores pues en ocasiones se presentaba más como un ejercicio de exhibición por parte de La Morgue [galería] y otras más como un ejercicio de intervención e instalación de La Escuela Libre. Rolando me hizo saber al volver de CDMX a Aguascalientes: quizá el único que tenía clara esa diferencia (y quizá al único que le importe o sirva) era yo. “tu también nos juegas luego en formas muy raras, no nos dices cosas...” – dijo.

Una cosa concluimos de FERAL, si los deseos del grupo se alineaban, la consolidación de un proyecto de galería que jugará en el sistema y que pusiera en marcha una estrategia era altamente plausible. Desde mi punto de vista, viendo lo que había ocurrido en el festival, era financieramente viable y al mediano plazo suponía también viabilidad comercial. Pero mi deseo – explícito – era mantener La Escuela Libre al margen del sistema y de las lógicas del mercado, pues como se había visto en FERAL, fácilmente el mercado podía influenciar y orientar las prácticas de La Escuela Libre para ser atractivas y por lo tanto incluidas por el sistema. A la par de ello reconocía de manera igualmente explícita que mis prácticas no solo NO están auspiciadas por el mercado sino que activamente intento que NO se inserten en él. Esto último, por supuesto es una postura y un posicionamiento que sostengo desde mi condición laboral que – dependiendo la óptica – más de alguna o alguno pudiera describir como “cómoda”. Es decir sí, la práctica artística, en términos generales, para mí constituye un ejercicio de aprendizaje, divertimento y esparcimiento, lo que yo me atrevo a denominar como un “espacio de libertad” frente al capital que todo lo devora, y por lo tanto esto coloca (para mí y mis deseos) a la práctica artística en uno de los lugares más importantes de mi existencia. Deseo (o desearía) que mi práctica se mantenga lo más distante posible del capital. Pero igual que con La Escuela Libre, es un deseo que me rehúso a imponer sobre las y los demás.

Por su parte Rolando concluyó sobre la bandera de “ARTISTAS SIN FUTURO” (el elemento que resultó central en la participación de FERAL, por su colocación, persistencia y sin duda por la empatía que producía), que desde el principio esperaba que “de una vez por todas, la manifestación docente fuera entendida como una pieza artística”. Lo que, desde mi perspectiva, le da un peso simbólico al objeto, la bandera, que además inevitablemente reconocemos de la “autoría” de Rolando, y que se posiciona por sobre las energías y los pesares vertidos por maestros y maestras en la manifestación docente. En mi opinión, esta opción simplifica y minimiza la propia lucha docente, por ello mi insistencia (al cierre de FERAL) de la importancia de performar con ella como un esfuerzo de desmantelar el símbolo y enraizarlo a acciones sin autoría, al juego cuerpo-tiempo-espacio y de mantenerlo como un objeto que – sin nuestras energías, sin nuestra vida – carece de valor y sentido. No sucedió, hoy la bandera se sigue conservando como un objeto valioso entre La Escuela Libre.

Como ejercicio de seguimiento Rolando y yo (desde La Morgue [galería]) organizamos sesiones de trabajo, prospección y proyección. Con la intención de identificar posibilidades para desarrollar una estrategia de introducción como galería y construir escenarios donde aquello que identificábamos como plausible pudiese llegar a concretarse.

De ello en mis esquemas y notas se manifiesta la necesidad e inquietud por participar en el mercado y/o el arte (mercado/academia/convocatorias/exhibiciones). Asumo que mis prejuicios y sesgos pudieron orientar esas notas.



“Esos son tus intereses, no los míos. [...] tu hazte cargo”

A raíz de la participación en FERAL se dió una segunda invitación de parte de Oficina de Arte a La Morgue [galería], en el centro de la CDMX. Sin cuestionarlo mucho aceptamos la invitación, a la cual yo propuse un primer ejercicio curatorial que incluía solamente a Alicia Cruz (registro fotográfico de piezas performativas), Leonardo Martínez (Causa Docente) y Rolando López (Praxedis Guerrero). Siguiendo la premisa de la estrategia que alcanzamos a ver – personalmente me parecía un eje práctico y lúdico para incentivar la discusión y la atención en las prácticas de la localidad, la dinámica de revisión y análisis que propone la galería y para ratificar el compromiso de La Morgue [galería] para con las y los artistas con quienes colabora, más allá de La Escuela Libre.

Esta curaduría no logramos concretarla siendo principalmente tema de controversia la inclusión de Alicia pues “no era parte de La Escuela Libre”; un punto que personalmente me parecía clave para desmantelar la idea de que La Morgue [galería] era lo mismo que La Escuela Libre.

Durante la penúltima sesión sabatina a la que asistí junto con el grupo, las inquietudes y los deseos que se manifestaron se orientaban al cumplimiento de un programa que YO enunciaría como un esfuerzo por la estetización y producción simbólica y que me parece una afrenta directa a la performatividad y la acción directa. A la primer perspectiva la acusó de ser propia de las lógicas de producción del sistema del Arte por producir materialidades que de manera última terminarían siendo objeto de contemplación y por lo tanto fácilmente cobijadas por el sistema capitalista y por el espectáculo. La segunda perspectiva, la que me interesa defender, es la de nuestra vida cotidiana, la del espacio común y la disposición del cuerpo y nuestras energías. La de las cosas siendo cosas. En la que acuerpamos, somos y estamos.

Al finalizar esta sesión Rolando me preguntó por mi impresión con relación a la misma. A lo que expresé mis expectativas, mi descontento y como la sesión se había encaminado a una ruta que no era de mi interés, ajena a mis aprendizajes más recientes y distinta al rumbo que mis deseos se estaban encaminando. Frente a ello la respuesta fue contundente: “Esos son tus intereses, no los míos. [...] tu hazte cargo”. Esa postura confirmaba lo que anteriormente había dicho, La Escuela Libre era otra, la disposición de la que habíamos discutido tantas veces ya no circulaba de la misma manera o en las mismas direcciones. Ni en mi (que no estaba dispuesto a modificar el flujo de mis deseos), ni en él (que había adquirido el papel de maestro en el grupo), ni en el grupo en general, del que podríamos decir sostenía y sostiene un deseo colectivizado y (vale la pena recalcarlo) que se aglutina fuertemente y de manera muy afortunada, gracias a los afectos, la preocupación mutua, la amistad y la empatía que encuentran quienes están en él y asisten cada sábado.

Durante la última sesión a la que asistí se llevó a cabo el primer “taller de propas en La Pona” que si bien por supuesto nos involucraba corporalmente, al participar más como observador (y sin duda cargado de prejuicios y afectos adversos) pude notar dinámicas de control muy similares a las de una escuela tradicional (regulación del tiempo, del espacio y la contención de las actividades). Entendiendo que dicha regulación respondía a la necesidad y la urgencia de finalizar la actividad en el momento, de concretar un conjunto de objetos y su colocación en el muro y con ello poder llevar a cabo la toma fotográfica y su socialización. La línea es sumamente delgada pero en la insistencia por cumplir un cronograma (aunque este no sea explícito) puede observarse el imperio del objeto por sobre los procesos, sean grupales o individuales. Y aunque personalmente soy partidario de la planeación (en el sentido de anticipar los recursos de los que deseamos disponer en el despliegue de nuestras inquietudes), en mi práctica artística, me pretendo enemigo de los objetos acabados.

Por circunstancias propias de lo laboral no asistí a la siguiente sesión sabatina de La Escuela Libre. Pero ese hueco, aunque doloroso, abrió espacio para repensar mi papel en La Escuela Libre; que me reconocimos semanas atrás junto a Luis Álvarez, es un grupo, no un colectivo, no una comunidad, sólo eso, un grupo de personas que a la distancia y ahora un poco a la lejanía, observo que compartían un deseo de colectividad, el anhelo de la gregariedad, el compartir la ternura, el cariño y el amor (se logró, no tengo duda de eso). Pero el deseo de minar el sistema (quizá empezando por el sistema del arte) y poner por encima nuestras prácticas, las que llamamos “artísticas”, los espacios de libertad, ese deseo nunca se colectivizó. Tal vez me lo guardé sin darme cuenta, me gusta pensar que no, aunque eso podría ser más un acto de negación.

Nos vinculó y nos acercó el deseo de la colectividad, eso compartimos y frente a eso dispusimos nuestras energías. El deseo de colectividad y La Escuela Libre mostraron que el modelo que había ensayado con el grupo de Danza Contemporánea en la Universidad de las Artes y que posteriormente nos mantuvo alejados Rolando y yo durante el 2023 era perfectamente viable. Y sin embargo no es infalible a las lógicas del sistema económico que nos mantuvieron como sujetos individuales con deseos y voluntades separadas.

A riesgo de equivocarme, porque yo ya no estoy en ese grupo (lo escribo con mucho dolor y pesar a cuestas); el deseo que sigue dominando es el del Arte, el de las prácticas que eventualmente podrán sin lugar a dudas ser insertadas en una galería, en una institución académica y que con el tiempo servirán al capital. Pero eso solo el tiempo lo podrá fijar.

Aún así el efecto transformador que una escuela libre tuvo y sigue teniendo sobre mí (y sé que sobre nosotrxs) es y está. Me radicalizó, me mostró que existen posibilidades y que en ellas hay plausibilidad. Me demostró que en efecto abrazar y atesorar nuestras “prácticas artísticas” puede cambiar nuestras vidas y que el ejercicio de disposición es el camino para construir una nueva pedagogía, siendo este el problema central. La Escuela Libre me mostró una vez más que el capitalismo furtivo lo devora todo, que emplea la necesidad de los sujetos como instrumento para mantener a los agentes como individuos para perpetuar la desarticulación del deseo colectivo, que opera en subsistemas como el Arte de formas ingeniosas para mantener enganchadas y enganchados a quienes participan en él. Aún así me dió confianza para saber que una escuela libre y siempre abierta puede descubrir nuevas vías para acercarnos al mundo, encontrar nuevas formas de relacionarnos con él, con las y los demás, con nosotras y nosotros mismos. Una escuela libre es eso. Una escuela libre estará donde queramos que esté, estará donde estemos. Y ese espero se convierta algún día en un deseo colectivo.

